# EL GUERRERO

DURA fué la batalla.
El guerrero, rendido y olvidado,
siente el sudor humedecerle el pecho:
es toda su armadura.
¿Se oye un canto?
(Recuerda que otras veces, otras noches,
en voz más baja lo ha escuchado.
Es un olor de vida nueva
y de trigo recién segado,
un sabor de palabra húmeda
callada al borde del verano.)

La noche se retira, fatigada de ver,
con los astros al hombro. Un verde claro
despierta por el monte.
¿Es esto el fin? ¿Acaso
puede ser esto el fin, terminar todo
fácilmente, como un cuento inventado?

Sobre el cuerpo tendido
amanece despacio.
(¿O no amanece y es
que alguien lo está soñando?
¿O no existen las luces ni las sombras
sino la indiferencia de este campo?)

Las manos han perdido ya sus dedos,
y los brazos, las manos.
Los hombros que irguieron la victoria
se rinden desalados.

¿Y el corazón? ¿Quién pudo extraviar
un corazón? ¿Se cansa tanto
un cuerpo de hombre...?
El hombre,
no sabe bien si preso o rescatado,
mira el sudor crecerle sobre el pecho
como una yerba sobre un prado.
(Esa es toda la yerba de este mundo:
las manos se han extraviado.)
No le crecieron alas. No.
No le crecieron alas. Sin embargo
mira todo y se ve. Oye todo y se escucha.
Le tiembla la garganta con el aire del álamo.

Esto es así. Esto era así. No supo.
De repente se vuelve hacia un costado
y apasionadamente aprieta, por si es tiempo,
con su boca la boca del contrario.



*ANTONIO GALA*